

Dossier: Las causas de la derrota, marzo 1976.

Las jornadas de Junio-Julio de 1975: movilización y luchas obreras en Zona Norte del Gran Buenos Aires

Héctor Löbbe (UNLP-UNLu)

Resumen:

El artículo analiza la movilización obrera de la Zona Norte del Gran Buenos Aires, a mediados de 1975. Se trata de uno de los mayores contingentes proletarios movilizados bajo la organización, convocatoria y dirección de los Cuerpos de Delegados y Comisiones Internas. Estos organismos estuvieron acudidos por núcleos de activas político-sindicales de izquierda. Los enfrentamientos forzaron la caída de más de la mitad del gobierno peronista. Este trabajo discute la sobrevaloración del papel real jugado por las conducciones sindicales burocráticas. Las movilizaciones pueden ser consideradas como el “bautismo de masas” de una de las Coordinadoras Interfabriles de mayor desarrollo en el corazón del capitalismo argentino.

Palabras claves:

clase obrera - conflictividad política- organizaciones de izquierda.

Abstract:

This paper tries to analyze one of the biggest mobilizations under the announcement, organization and leadership of the Delegate Corps and the Internal Commissions from the most important factories in the north zone of Buenos Aires. This movement was under the leadership of the left activists. These events forced half of the peronist government's downfall. The author questions the overestimated roll played by this bureaucratic union leadership. The related combats may be considered as a “mass baptism” of one of the most developed Inter-factories Coordination in the core of Argentine capitalism.

Key Words:

working class - political conflict - left organisations.

El siguiente artículo forma parte de nuestro trabajo de Tesis de Licenciatura en Historia en la Universidad Nacional de Luján. El objeto de esa investigación se focaliza en la movilización obrera a mediados de 1975, con especial referencia a la Zona Norte del Gran Buenos Aires. El emergente más notable de tal movilización fue, sin duda, el ciclo de la huelga general extendida entre la última semana de junio y la primera quincena de julio de 1975. La intención de este trabajo es poner en discusión el verdadero papel jugado por las conducciones sindicales burocráticas, tal cual se sostiene tradicionalmente.

Hacia mediados del año 1975, el gobierno peronista de María Estela Martínez de Perón decidió aplicar un cambio de rumbo económico, con el objetivo de abandonar, definitivamente, el programa electoral de 1973. Se buscaba eliminar las políticas de acuerdos y contención de precios y salarios, vigentes en el Pacto Social. Esta nueva orientación quedó reflejada en el recambio ministerial en la cartera económica. El Ministro de Economía, Celestino Rodrigo (un hombre de absoluta confianza de José López Rega) asumió con la misión de aplicar, de manera drástica, un ajuste estructural de carácter ultraliberal, que anticipará al que más tarde aplique José Alfredo Martínez de Hoz. Para llevar a cabo esa tarea, se rodeó de un equipo de colaboradores que ostentaban una trayectoria e ideología opuesta al proyecto tíbiamente reformista y estatista de Gelbard.

El “sinceramiento de la economía”, propuesto por Rodrigo, desató uno de los primeros procesos hiperinflacionarios de la Argentina reciente¹. Este fenómeno se manifestó en un descomunal aumento de las tarifas públicas: gas domiciliario (60%); luz (75%); nafta (174%); gasoil (50%) y boletos de transporte colectivo y subterráneos (entre el 75 y el 150%). La canasta de consumos básicos recibió el impacto de las medidas. Se produjeron incrementos en lácteos (65%), pan, harinas, fideos y medicamentos (más del 70%). La idea implícita, en el nuevo equipo, era pegar un brusco golpe de timón, recuperando la tasa de ganancia empresaria e incentivar la inversión externa, merced a una formidable redistribución de la renta interna, reasignando recursos a favor de los sectores más concentrados.

Por primera vez en la historia de los gobiernos peronistas, la “rama gremial”

perdía el papel central que había jugado en anteriores administraciones. En ese proyecto, el sindicalismo tradicional no era concebido como imprescindible correa de transmisión burguesa entre el Estado, el capital y los trabajadores, función que había desempeñado durante los gobiernos peronistas previos, en los que se pretendía alcanzar un “equilibrio social”. En ese marco, las comisiones paritarias que debían discutir la readecuación de las escalas salariales quedaron paralizadas. La dirigencia gremial ortodoxa había logrado, dificultosamente, acordar aumentos, que rondaban, en algunos casos, el 100%. Eventualmente, esperaba evaluar el plan del nuevo elenco económico, para no quedar descolocada. Igual comportamiento adoptó el sector empresario, especulando con una nueva correlación de fuerzas y orientación económica.

Finalmente, el gobierno, que debía homologar las negociaciones para que entraran en vigencia, dilataba ese trámite para no tener que iniciar el nuevo rumbo, con el fuerte condicionamiento que implicaban los aumentos salariales, muy por encima de sus previsiones. También, pretendía dar una señal inequívoca: la negociación, medida que apuntaba al consenso social, sería reemplazada por la imposición de las medidas tomadas por el Estado. Así, el 38 % de aumento general de emergencia de los salarios, concedido por la gestión de Gómez Morales, se había volatilizado de las manos de los trabajadores, ni bien se anunciaron las nuevas medidas puestas en ejecución por Rodrigo.

El gobierno pretendía fijar un techo de aumento de las remuneraciones. Éstas, habían quedado rezagadas por el impacto hiperinflacionario que tuvieron las medidas aplicadas por Rodrigo. La lucha por las paritarias sin tope era una reivindicación central en aquel momento. Fijar un límite inflexible a las discusiones era parte central de la estrategia del gobierno, para transferir una mayor parte del producto social al capital y, al mismo tiempo, golpear económicamente a los sectores obreros más movilizados. La dirigencia gremial burocrática -que a duras penas venía reteniendo la conducción de los sindicatos nacionales- quedó bruscamente desacomodada ante las bases.

Este hecho, se inscribe en un momento en donde los movimientos de cuestionamiento de la conducción habían logrado éxitos parciales, a partir de la recuperación de un sinnúmero de organismos de base fabril como los Cuerpos de Delegados y las Comisiones Internas. La Zona Norte del Gran Buenos Aires (integrada por los partidos de Vicente López, San Isidro, San Fernando y Tigre) constituye el mejor ejemplo de ese cambio de escenario.

Esa región suburbana, con una superficie de apenas 251 km², albergaba en aquella fecha 4.834 establecimientos fabriles de todo tipo, en especial, actividades industriales muy dinámicas y concentradas. Sus casi 100.000 trabajadores industriales representaban uno de los contingentes proletarios más importantes en número, no sólo a nivel provincial sino también nacional. Ese elevado nivel de concentración se veía reforzado por tratarse de uno de los sectores mejores pagos².

La implantación tardía de la estructura industrial en la zona, a su vez, había permitido la emergencia de dos rasgos decisivos para el proceso que estudiamos: una clase obrera reciente y muy politizada y una débil presencia de estructuras gremiales que pudieran contener a la masa obrera. Subsecuentemente, la dirigencia tradicional se encontraba en una situación mucho menos firme y estable en comparación con otras zonas industriales más antiguas. Las organizaciones políticas de izquierda, tanto marxistas como peronistas³, habían concentrado su orientación estratégica en insertarse en esos núcleos obreros, “proletarizando” gran cantidad de cuadros y activistas y aprovechando los acercamientos de muchos trabajadores politizados a sus filas.

Desde fines de 1972, según nuestro relevamiento⁴, se produjo un proceso de recuperación de un importante número de organismos fabriles en ramas tan diversas como alimenticias, textiles, químicas y pinturas, metalúrgicas, construcciones navales y automotrices. En la mayor parte de esos organismos, quedaron al frente conducciones vinculadas directamente con fuerzas de izquierda, o donde las mismas disponían de una fuerte influencia. Sin embargo, esta presencia no podía trascender al nivel de estructuras sindicales (conducción de Seccionales o Gremios) debido a la rígida política de control ejercida por las dirigencias burocráticas peronistas, claramente apoyadas por el Estado y las patronales⁵.

Así, por ejemplo, la combativa agrupación de obreros navales de los astilleros de Tigre y San Fernando, hegemónizada por la izquierda peronista (JTP), intentó recuperar la conducción del Sindicato de Obreros de la Industria Naval de Zona Norte (SOIN). No obstante, fue dos veces derrotada, merced a maniobras de la burocracia gremial, apañada por el gobierno. Igual situación se presentó en el área metalúrgica, cuando se pretendió recuperar la conducción de la estratégica seccional de la UOM Vicente López por parte de un frente combativo de izquierda (la “Lista Gris”), a mediados de 1974⁶. A su vez, la mayor parte de los organismos fabriles dirigidos por la izquierda iniciaron un proceso de creciente coordinación, apoyándose

mutuamente en sus luchas reivindicativas cotidianas y en la solidaridad ante los ataques contra obreros y activistas de la zona, por parte de los comandos ultraderechistas. Citamos este proceso porque consideramos que es el antecedente inmediato de lo que será, a partir de fines de junio de 1975, la constitución de la Coordinadora Interfabril de Zona Norte.

Junio de 1975: el activismo de izquierda impulsa el descontento obrero

Precisamente, a comienzos de junio de ese año, comenzó a insinuarse lo que en las siguientes semanas fue la más formidable ola de movilización obrera de la zona, derivando en el ciclo de huelga general a nivel nacional. En efecto, si bien la prensa comercial no lo registró, pudimos relevar -en distintos testimonios y en la prensa política de izquierda- un conjunto de medidas (al principio poco estructuradas) que incluían, en progresión: asambleas por establecimiento, trabajo “a reglamento” o “tristeza” y, -en aquellos casos donde la izquierda tenía mayor fuerza- paros con ocupación parcial de las plantas.

En ese sentido, se destaca lo sucedido en la automotriz Ford de General Pacheco. En ese gigante complejo fabril, con casi 8.000 obreros, el activismo de izquierda había ido ganando presencia y logró, a través de un proceso asambleario, imponer, a la dirección nacional del SMATA, tardías medidas de fuerza. Esa dilación para encabezar la lucha provocó la reacción de los trabajadores de la empresa contra sus conducciones. Así, los obreros se declararon en huelga parcial y en asamblea. Posteriormente, el 16 de junio, iniciaron una multitudinaria marcha por la ruta Panamericana, con el objetivo de llegar a la sede central del gremio, en protesta por su inacción. La marcha convocó a la casi totalidad de los operarios de la planta y se decidió en una asamblea general donde se repudió a la burocracia.

Esta medida será el antecedente más inmediato de otras más masivas, en las próximas semanas. Al salir a la ruta, se fueron sumando otros contingentes de fábricas vecinas, lo que sumó varios miles de obreros marchando. La magnitud del acontecimiento fue tal, que tuvo que ser mencionado en la prensa periódica (y mucho más en la política). La movilización tuvo que enfrentar un fuerte operativo represivo a la entrada de la Capital Federal. Ante esto, los manifestantes, luego de una nueva asamblea sobre el mismo trazado de la ruta, decidieron finalmente replegarse para no exponerse en condiciones desventajosas a la represión⁷.

De allí en más, crecerá el nivel de descontento entre las distintas frac-

ciones obreras de la zona, entrando en un virtual estado de huelga general “no declarada”. Similares circunstancias se vivían en otras zonas del Gran Buenos Aires y del país. Ante esto, la dirección nacional de la CGT intenta descomprimir la situación, convocando finalmente a un “cese de tareas” y concentración frente a la Casa de Gobierno nacional, el viernes 27 de junio. Su objetivo era mostrar la disposición de esas dirigencias burocráticas de no quedar divorciadas del malestar que ganaba, velozmente, a las bases obreras, logrando del gobierno una actitud más flexible. Mientras tanto, el clima de lucha y movilización se extendía aceleradamente por todo el país. Se trata de un proceso que se inició y difundió desde la zona del Gran Rosario y en la ribera industrial del Paraná (a pesar de la represión gubernamental sobre Villa Constitución, meses atrás) y en el importante polo fabril de Córdoba, donde se puso en jaque al propio interventor federal, el ultrafascista brigadier Lacabanne⁸.

El modelo de movilización controlada, que las direcciones burocráticas pusieron en práctica en los últimos días de junio, se puede ejemplificar con la convocada por la UOM nacional, el martes 24. Ese día, a partir de las 10 de la mañana, contingentes obreros provenientes de distintas fábricas metalúrgicas de Capital Federal y del Gran Buenos Aires se concentraron frente al Ministerio de Trabajo (a cargo del ex dirigente metalúrgico, Ricardo Otero) y luego marcharon hasta la cercana Casa de Gobierno. La concurrencia obrera, varió según las fuentes, entre 20.000 y 25.000 asistentes. Se trató de una de las movilizaciones más importantes de los últimos tiempos⁹. La historia, poco conocida, acerca de cómo se llegó a esta reunión nos puede advertir acerca del carácter fluido de la situación.

En efecto, si bien la convocatoria partió de la dirección nacional, aquellos que debían garantizarla eran las distintas seccionales. Pero los secretarios gremiales de éstas últimas no podían, en muchos casos, acercarse a las principales fábricas, pues eran repudiados. Además, algunas de las seccionales suburbanas estratégicas, por el número de afiliados, como por ejemplo Vicente López en Zona Norte (con 30.000, aproximadamente), estaban en manos de un sector interno de la burocracia, enfrentado con Lorenzo Miguel y alineado con el gobernador de Buenos Aires (el ex dirigente metalúrgico Victorio Calabró). Esta condición dificultaba movilizar todos los recursos humanos esperables, en tanto Calabró y sus seguidores (genéricamente llamados “antiverticalistas”) ya se estaban acomodando ante la crisis política, buscando acercarse a sectores golpistas de las Fuerzas Armadas.

El viernes 27 de junio será la CGT nacional quien apelará, como último recurso, a la movilización de los trabajadores sobre Plaza de Mayo. Al igual que había hecho la directiva de la UOM tres días antes, la idea era (según comentarios que los dirigentes hicieron trascender extraoficialmente) mostrar el descontento por la dilación en la homologación de los convenios colectivos, expresar sus críticas a un sector del gobierno (los ministros Rodrigo y López Rega) y ratificar el respaldo a la presidente. En las principales zonas fabriles del interior, e inclusive en el Gran La Plata, las direcciones sindicales habían sido sobrepasadas por la movilización obrera, conducida por las direcciones clasistas y combativas. Multitudinarias marchas se concentraron frente a la sede de los gobiernos provinciales y a los edificios de las Regionales de la CGT, exigiendo a la burocracia sindical una actitud firme frente al gobierno. En alguna de estas marchas y concentraciones, la dirigencia peronista ortodoxa había tenido que refugiarse precipitadamente en las sedes respectivas, para escapar a la ira de los manifestantes. Asimismo, comenzaban a producirse situaciones de tensión o enfrentamientos parciales con las fuerzas policiales, cuando las mismas intentaban disuadir o reprimir a las columnas obreras¹⁰.

El jueves 26 de junio, las máximas conducciones nacionales de la CGT y las “62 Organizaciones” convocaron a una demostración frente a la Casa de Gobierno, con el objetivo de solicitar la homologación de los acuerdos paritarios. Se soslayaba allí cualquier otro reclamo y no se aventuraba más que a llamar a un “cese de actividades”, para lo cual no programaron ningún tipo de movilización masiva. En nuestra área de estudio, según los testimonios consultados¹¹, la situación se presentó con contornos idénticos a la ya reseñada concentración de los metalúrgicos.

Una vez más, la seccional Vicente López de ese gremio fue la entidad convocante más importante. Sin embargo, también aquí, la situación fue similar a la presentada en el acto de los metalúrgicos, esta vez extendida al conjunto de activistas, Cuerpos de Delegados y Comisiones Internas de las distintas fábricas, quienes fueron las que sostuvieron, con su esfuerzo, la organización de la concentración. El mismo 27, muy temprano en la mañana, se encontraron en una reunión interfábrica (en rigor, la *Proto-Coordinadora zonal*) los principales núcleos de activistas de izquierda y organismos de base, decidiendo, por mayoría, marchar sobre Plaza de Mayo. Si bien no contamos con otras precisiones acerca de la composición del contingente de Zona Norte (número de trabajadores y procedencia fabril), según una crónica periodística, fue uno de los primeros y más importantes¹².

Repasemos algunos aspectos salientes de esa demostración. En primer lugar, la composición y origen de los participantes. Teniendo en cuenta episodios posteriores, se puede decir que los asistentes –entre 50.000 y 70.000 personas- no lo hacían encolumnados sólo bajo las banderas del activismo combativo de izquierda. Muy probablemente, este sector aportó un número menor de manifestantes de lo que realmente podía movilizar, debido a la polémica que internamente dividía al sindicalismo opositor respecto a las expectativas cifradas en las conducciones burocráticas. Un porcentaje no menor de la concurrencia posiblemente haya respondido a la convocatoria de la dirección de la CGT, ya sea en forma organizada, ya sea a título individual. Por último, otros sectores burocráticos rivales de la conducción oficial, pudieron igualmente aportar una cantidad de manifestantes, integrada por aquellos trabajadores que no podían discernir, con claridad, las diferencias entre el discurso súbitamente “endurecido” del “antiverticalismo” y la posición consecuente de la izquierda política-sindical.

Una segunda cuestión es el contenido y carácter del acto. Como ya se señaló, la dirigencia burocrática planeó una demostración pasiva frente a Casa de Gobierno. Esta medida estaba limitada en el tiempo (sólo 4 horas) y precedida por un “cese de tareas”. No se tomó ninguna previsión para garantizar la asistencia masiva (organización del traslado y desconcentración, con los gremios de transporte), no se estableció la posibilidad de oradores durante la concentración ni se elaboró un documento para ser leído frente a los manifestantes. Por último, la cúpula sindical no adelantó qué curso futuro tendría el proceso, si es que no se recibía una respuesta positiva a la demanda. Ésta, por su parte, se circunscribía a la homologación de los acuerdos paritarios sin tope de aumentos salariales. Estas deficiencias no deberían sorprender, ya que formaban parte de la tradicional estrategia de las direcciones sindicales desde la época de Vandor: presionar con una demostración -teatralizada y controlada- de fuerza, para luego negociar. La diferencia central es que, a mediados de 1975, la burocracia gremial se veía forzada a este juego ritualizado de presión frente a un gobierno peronista, en un momento donde su propia condición de conducción se veía cuestionada por las organizaciones de izquierda.

A pesar de las exhortaciones, formuladas por la presidente, de no abandonar sus lugares de trabajo para demostrar el apoyo a su gestión, los trabajadores organizados en distintas columnas comenzaron a llegar a la Plaza de Mayo, desde distintos puntos del conurbano bonaerense, a partir de las 11 de la mañana. Teniendo en cuenta las distancias y la situación de virtual

parálisis que se registraba en los medios de transporte, esa afluencia de manifestantes demuestra que los contingentes obreros ya se encontraban “acuartelados” en sus fábricas y preparados para marchar. Esta disposición facilitó, objetivamente, la organización de los distintos cuerpos de base fabril y de los activistas de izquierda, quienes –como en Zona Norte- ya venían previendo la posibilidad de marchar sobre Capital varios días antes.

Los trabajadores, una vez en el lugar de la concentración, se encontraron con que no se había previsto ninguna actividad organizada. Sólo varios cordones de efectivos de la Guardia de Infantería de la Policía Federal se interponían entre la vereda de la Casa de Gobierno y las primeras filas de manifestantes. La red de altavoces permaneció enmudecida hasta cerca de las 17 horas. A pesar de la inclemencia del tiempo (fue una jornada de intenso frío y lluvias), los concurrentes se mantuvieron en el lugar¹³. El activismo de izquierda aprovechó la oportunidad para establecer relaciones informales con los contingentes obreros. De estos contactos se alimentarían, en los próximos días, las flamantes Coordinadoras Interfabriles.

A pesar de la desorganización del acto (atribuible a la voluntad explícita de la cúpula sindical de no forzar las circunstancias), el descontento creciente no tardó en manifestarse. Si bien las consignas propuestas por la dirigencia burocrática se limitaban exclusivamente a brindar el agradecimiento a la presidente y a pedir una pronta homologación de los convenios paritarios, la dinámica del acto se fue transformando. Así, durante toda la concentración, se escucharon gruesos insultos, amenazas y reclamos para que abandonen el gobierno los muy odiados ministros de Economía y de Bienestar Social: el uno (Rodrigo) responsable del plan que catalizó la protesta obrera, el otro (López Rega) jefe principal del terror fascista de la Triple A. La consigna que respaldaba la ley de convocatoria a paritarias, bajo el lema “14.250 o paro nacional” nos indica, que se percibía el acto como un “cese de tareas” claramente insuficiente. A su vez, nos permite testar la disposición de la mayoría de los manifestantes y el curso que podían tomar los acontecimientos. Todos los protagonistas y espectadores pudieron observar cómo el escenario político, con sus contradicciones, se desbordaba ideológicamente por izquierda¹⁴.

Aproximadamente a las 17 horas, el dirigente a cargo de la CGT nacional Adalberto Wimer (por ausencia de Casildo Herreras) convocó –por transmisión en cadena oficial de radio y televisión- a los manifestantes, que seguían ocupando la plaza a “desconcentrarse en orden”. Con este simbólico gesto (por el medio empleado, el momento y la consigna), la

dirección sindical burocrática ponía fin, unilateralmente, a la demostración en Plaza de Mayo. Al mismo tiempo, y para descomprimir, se informaba a la clase trabajadora que la cúpula gremial se reuniría con la presidente en la quinta residencial de Olivos, con el fin de obtener los puntos solicitados. Los activistas y las conducciones fabriles opositoras decidieron, entonces, optar por el retorno a las distintas zonas industriales del Gran Buenos Aires, no sin antes manifestar su repudio por la resolución que tuvo la concentración. Antes de este repliegue, los militantes de izquierda convocaron a los trabajadores a mantenerse en alerta durante el fin de semana y concurrir el lunes 30 a las fábricas, para resolver, en asamblea, cómo seguir. Al mismo tiempo, y como resultado de conversaciones mantenidas en el acto, se informó la constitución de “mesas de enlace y coordinación” inter-rama. Este órgano debía estar integrado por delegados y activistas de los distintos establecimientos vecinos y tendría el objeto de garantizar, en los próximos días, la presencia obrera organizada. Por esta razón, creemos que el acto recién narrado se constituyó en el bautismo en acción de las “Coordinadoras Interfabriles”.

El acto del 27, visto en su conjunto, refleja el estado de disposición promedio que recorría a la clase obrera argentina. Como tal, no necesariamente se compadecía con la dinámica que se registraba en las fracciones de vanguardia del proletariado. Sectores importantes de la clase trabajadora, por su inserción en el corazón del capitalismo argentino, estaban iniciando un camino incipiente, que los podría llevar a jugar un papel político protagónico, en perspectiva de una transformación profunda del sistema. Sin embargo, consideramos que ese camino recién se estaba empezando a recorrer. Las limitaciones que expresaban actos como los del 27 de junio indicaban que el grueso del proletariado no se encontraba todavía procesando, en términos masivos, una discusión de esa envergadura. Probablemente, este desfase parcial, entre la clase en su conjunto y algunas fracciones más adelantadas —que se observan aquí— puede estar reflejando otras similares, que podían estar operando en el resto de la sociedad argentina, hacia mediados de 1975.

La respuesta al acto del 27, por parte del gobierno nacional, no se hizo esperar. Al día siguiente, por la red de radio y televisión, se anunció la suspensión de las paritarias y en su reemplazo se promulga, por decreto, un aumento de salarios general del 50%, vigente a partir del 30 de junio, y dos tandas más de 15% en septiembre y diciembre. Se informaba, también, la renuncia del Ministro de Trabajo, Ricardo Otero.

El primer encuentro organizativo del activismo de izquierda de la región metropolitana bonaerense

El sábado 28 de junio, se inició, en la región metropolitana, la etapa pública de las Coordinadoras Interfabriles. Emergían, de esta manera, una de las formas organizativas que se habían ido probando en el largo proceso de experimentación, durante los tres años anteriores, al calor de innumerables luchas fabriles aisladas. Justamente, su aparición venía a tratar de resolver el dilema de cómo reunir, en un solo haz, las fuerzas de los contingentes obreros dispersos, ante la claudicación adoptada por la dirigencia sindical. Examinaremos, a continuación, el encuentro inaugural del activismo sindical opositor de la región estudiada: el Primer Plenario de la Coordinadora de Gremios, Comisiones Internas y Cuerpos de Delegados en Lucha de Capital Federal y Gran Buenos Aires¹⁵.

Un primer señalamiento que debe hacerse es que, a pesar de lo que sugiere su título, hasta el 2º Plenario Regional (realizado en la última quincena de julio de 1975), la presencia formal de gremios no fue más que una indicación de cuán amplio pretendía ser el espacio recién formado. En ese sentido, contrastaba con la Mesa Coordinadora de Gremios en Lucha en Córdoba Capital, que estaba integrada —amén de Cuerpos de Delegados y Comisiones Internas de plantas— por seccionales y gremios locales y, aún, por conducciones “paralelas” (como Luz y Fuerza y SMATA).

La aparición tardía de una Coordinadora en el área metropolitana estaría dando cuenta de un retraso madurativo en la recuperación antiburocrática de los organismos de base fabril y en las seccionales o sindicatos. Al conjugarse, esta doble demora habría impedido contar con otro tipo de participación institucional, teniendo en cuenta, además, que la legislación gremial pudo bloquear los intentos del activismo combativo. Por ese motivo, en las cuatro regionales metropolitanas (Capital Federal, Oeste, Norte y Sur) fueron las Comisiones Internas, los Cuerpos de Delegados, los Comités de Lucha y aun núcleos aislados de activistas, los que asumieron, en exclusividad, el peso de todas las acciones de las flamantes Coordinadoras.

Como vimos, en Zona Norte, la proto-Coordinadora local o “comisiones interfabriles” había jugado un destacado papel, al poner en discusión qué hacer ante el curso de los acontecimientos, en especial, la convocatoria al acto de la CGT del 27 de junio. Si bien no hubo unanimidad en torno a la actitud a asumir, los lazos no se disolvieron sino que, por el contrario, se hicieron más ineludibles. La concurrencia organizada a Plaza de Mayo y

los resultados decepcionantes de la misma demandaban no sólo un balance teórico, sino una toma de decisión a futuro. Los redactores de la crónica del primer plenario, recordaban que se llegó al mismo con los siguientes antecedentes prácticos: el acercamiento a las luchas de las empresas en conflicto, la solidaridad con los trabajadores de Villa Constitución y la experiencia zonal de movilizaciones y asambleas zonales, en torno a la discusión paritaria. Destacaban, también, que la convocatoria fue amplia y democrática a todos los sectores, sin distinciones políticas e ideológicas,

“...con la única condición de ser representativos y leales a los intereses de la clase obrera. También quedaba claro en esa convocatoria que **no se pretendía montar un organismo gremial paralelo a los ya existentes**. El objetivo primordial fue unificar las luchas del Movimiento Obrero, sobre la base de una COORDINACIÓN asentada zonalmente y centralizada en una regional.”¹⁶

La lista de participantes, mencionados en el *Boletín*, publicado por el nuevo nucleamiento, incluye un importante número de comisiones internas, comisiones directivas de sindicatos docentes (todos adheridos, como entidades de base, a la flamante Confederación de Trabajadores de la Educación de la República Argentina) y cuerpos de delegados de distintos establecimientos.

El orden del día del plenario giraba sobre tres puntos centrales: 1) análisis de las paritarias por gremio; 2) defensa del salario y 3) recuperación de los gremios para los trabajadores. Los elementos de la coyuntura imponían (por lo menos a priori) una agenda que la dinámica social obligaba a readecuar permanentemente. La difusión de la respuesta gubernamental, mientras se desarrollaba el plenario, llevó a discutir un plan de lucha que quedó sintetizado en once puntos¹⁷. El Plan de Lucha, finalmente aprobado se concentraba en cuatro ejes reivindicativos. En primer lugar, el económico: defensa de las paritarias y exigencia de un piso mínimo salarial. En segundo, el organizativo interno: difundir la existencia de la Coordinadora y extender su construcción. En tercero, el organizativo externo: condicionar a la CGT y luchar por la recuperación sindical, por último, el político-democrático: poner límite al decisionismo del Poder Ejecutivo [“decretazo”] y exigir la democracia sindical y la libertad de todos los presos políticos (a esa altura, cercanos a los dos millares en todo el país). De esta manera, demostraban su intención de escalar sus medidas, marcando a fuego a los

que se interponían y obstaculizaban la acción obrera y, al mismo tiempo, promoviendo su desplazamiento valiéndose de la misma movilización.

Estas intenciones vienen a dejar sin fundamento las críticas que se formularon con posterioridad al activismo de izquierda, en el sentido de no haber adecuado su accionar al nivel de discusión y conciencia de las masas obreras¹⁸. En la discusión del plenario, resurgió la discusión, nunca saldada, acerca de cómo reaccionar ante la posible manipulación de sus consignas de lucha por parte de la cúpula sindical. Luego de un debate, se llegó a la conclusión de que “no nos íbamos a oponer [que levantarán las mismas] pero alertamos: **No íbamos a ser instrumento de la ambición de nadie**”¹⁹.

En Zona Norte, entre el sábado 28, y el lunes 30 de junio, se sucedieron distintas reuniones del activismo, en las que los participantes del Primer Plenario de la Coordinadora Regional Buenos Aires actuaron como miembros informantes de la misma y, a la vez, como organizadores del Plan de Lucha. Precisamente, este cumplía un papel multiplicador del clima de movilización en curso, al proponer una estrategia no sólo agitativa, sino también de acciones concretas.

La Coordinadora Interfabril de Zona Norte en acción: las marchas del 30 de junio y del 3 de julio

La mañana del 30, se concretó un encuentro, con representantes de más de 60 establecimientos de la zona, para trazar un balance de los sucesos de los últimos días. Allí, se llegó, por unanimidad, al acuerdo de marchar sobre el edificio central de la CGT, en Capital Federal. Cuando las delegaciones de activistas comenzaron a recorrer las fábricas -entregando volantes e invitando a los trabajadores a sumarse a dicha marcha-, se encontraron que, en todas ellas, la inactividad era total. Hacia las 11 de la mañana -y luego que concluyera la recorrida por las principales plantas de la zona-, comenzó a formarse una columna de colectivos. Muchos eran requisados por piquetes. Otros, manejados por conductores que participaban de la demostración.

La marcha partió desde el extremo norte del corredor vial de la ruta Panamericana, en las cercanías de la localidad de General Pacheco. La caravana estaba formada por más de 70 colectivos, ómnibus y camiones, ocupados por contingentes obreros de la Ford, Alba, Siemens, Tensa, Cartonex, Productex, Lozadur, Coca-Cola, Editorial Abril, La Hidrófila, Paty, Del Carlo, Fundiciones Santini y los astilleros de San Fernando y Tigre. Al

llegar a la entrada de la Capital, un cordón de efectivos de la Policía Federal –pertrechados con cascos, armas largas, tanquetas antidisturbios y patrulleros–, procedió a detener a la columna obrera, que ya a esta altura sumaba cerca de 5.000 manifestantes. No obstante, luego de hacer un control de armas, se abrió paso a la columna.

Pasado el mediodía, los periodistas, apostados en las inmediaciones de la CGT, pudieron conocer la formación de una comisión, integrada por un delegado de cada una de las empresas presentes en el acto. Ésta tenía, por objetivo, entrevistar a la directiva de la central obrera. Según sus palabras, su intención era “reclamarles que asuman la lucha, que los trabajadores estamos dispuestos a sostener hasta las últimas consecuencias”.

Este propósito quedó finalmente frustrado, ya que en el edificio no se encontraba ningún dirigente. Todos habían concurrido a una reunión con la cúpula de las 62 Organizaciones. Cuando trascendió este hecho por altoparlantes, la multitud reunida comenzó a gritar: “Siempre lo mismo” y “Que se vayan”. El blanco era, claramente, la dirigencia sindical. Al caer la tarde, se dio a conocer una declaración conjunta, firmada por el Consejo Directivo la CGT y de las “62 Organizaciones”, en la que se llamaba a los trabajadores “a mantener la calma” y a no prestarse a “maniobras confucionistas”. Ese mensaje fue masivamente repudiado por los manifestantes. Más tarde, dos delegados obreros procedieron a hablar con los precarios medios que contaban. Uno, del personal de Propulsora Siderúrgica (La Plata) y el otro, del Astillero Astarsa. Ambos, en vista de lo avanzado de la hora, invitaron a los concurrentes a desconcentrarse:

“...para no desgastarnos y volver a las fábricas [...] ya quedó demostrado que la **Comisión Coordinadora de Comisiones Internas también puede convocar y también puede apretar**. El vanderismo no puede solucionar los problemas de la clase obrera. Mañana se harán nuevas asambleas de comisiones internas en todas las fábricas y volveremos a movilizarnos, para volver a reagruparnos y volver a la lucha. Los burócratas y el gobierno temen que los obreros ganen las calles, la calle está ganada y la lucha es larga, por eso no hay que desgastarse”²⁰.

El balance de la jornada del lunes 30 de junio, tomada en su recorte meramente metropolitano²¹, arroja una comprobación, en términos analíticos, poco tenida en cuenta hasta nuestros días. En primer lugar, la Dirección Nacional de la CGT se había replegado de la escena, abandonando simbólicamente su edificio en la Capital Federal, a pocas cuadras de la Casa Ro-

sada. Su comunicación con las bases obreras se limitaba a una exhortación: que esperaran con confianza y que no se alinearan detrás de las direcciones alternativas.

Cuantitativamente, se trató de una demostración protagonizada por un par de decenas de miles de trabajadores. No obstante su número (que pudiera parecer exiguo), éste se veía, cualitativamente, compensado por la fracción obrera que representaba: la surgida en el corazón fabril del capitalismo argentino. Su decisión se asentaba en la práctica de agitación y organización de incontables núcleos de activistas de izquierda. El estado de ebullición de los contingentes obreros derivó en un proceso asambleario masivo y simultáneo, imponiéndose el abandono de tareas, luego de haber ocupado de manera transitoria las fábricas. Los métodos que se pusieron en marcha marcaban, también, una profundización de las prácticas, hasta ese momento corrientes, como la generalización de piquetes, el enlace entre establecimientos, la requisita de vehículos y la marcha en columnas organizadas, con preparación de autodefensa.

En la Zona Norte del Gran Buenos Aires, desde el 30 de junio hasta el 3 de julio de 1975, fueron días de febril trabajo para el activismo político-sindical de izquierda. En las plantas metalúrgicas, textiles, gráficas, ceramistas, papeleras y en los astilleros se generalizó el cese de tareas. Acompañando este proceso de paro no declarado y de estado de asamblea permanente, se multiplicaron las operaciones de enlace. Esta función será, ahora, abiertamente asumida por la Coordinadora Interfabril del área. Las fábricas referentes en la zona, como Del Carlo, funcionaban prácticamente como un centro de organización y difusión de la agitación, de cara a una nueva y masiva movilización hacia el centro de la Capital Federal²².

El 2 de julio, la Coordinadora Interfabril de Zona Norte procedió a repartir un volante en toda el área fabril y en las barriadas obreras, convocando a una gran marcha sobre la Capital Federal con la intención de concentrarse, esta vez, en Plaza de Mayo. La protesta ascendía desde un escalón estrictamente económico a uno político: vista la inacción de la dirigencia nacional de la CGT (en una cada vez más abierta complicidad con el gobierno) se pasaba ahora a apelar directamente al propio Estado. Las reivindicaciones consistían en la homologación de los convenios paritarios, la anulación del “Plan Rodrigo” y la remoción de varios ministros del gabinete nacional. Esta iniciativa no se circunscribió a la Zona Norte, ya que las Coordinadoras Oeste, Sur, Capital Federal y La Plata, procedían a organizar, simultáneamente, una marcha convergente sobre el corazón po-

lítico y económico de la Argentina. Se trataba de la primera manifestación multitudinaria conducida por el activismo político-sindical de izquierda a escala metropolitana²³.

En la mañana del 3 de julio, en el paralizado cordón fabril de Zona Norte, comenzaban a observarse los aprestos de importantes contingentes obreros que se preparaban para marchar²⁴. En las fábricas más importantes, ya se había previsto la movilidad. Ésta estaba garantizada por colectivos y micros de empresas locales, manejados por sus propios conductores, quienes estaban -desde varias semanas atrás- participando de medidas de lucha. Un elemento común en todos estos contingentes fue la discusión y la toma de decisión, en asamblea, de cómo intervenir. Este método marca una diferencia sustancial con la organización impuesta por las dirigencias burocráticas. Éstas restaban iniciativa y protagonismo a los propios trabajadores, convirtiendo a las demostraciones obreras (aún las protestas) en un pacífico desfile de operarios.

A media mañana, en la Plaza del Canal San Fernando, se concentraron los trabajadores de los astilleros de Tigre y San Fernando, como así también de otras empresas (madereras y metalúrgicas, entre otras) de la zona. Acudieron, también, maestras de escuelas de la zona, acompañadas por madres y alumnos. Esta composición “familiar” es un dato que permite comprender la decisión de no llegar al enfrentamiento, en el momento en que la marcha se vea detenida cuando debía ingresar a la Capital Federal. En el laboratorio Squibb, de Martínez -donde su Cuerpo de Delegados y Comisión Interna respondía a fuerzas de izquierda (centralmente a la JTP y en segundo término a OCPO)- la asamblea de obreros y empleados, decidió que, en caso de una intransigencia de las autoridades, se replegarían para evitar el choque directo. Esta resolución, tomada como compromiso por la conducción obrera de este establecimiento, será cumplida y respetada, aún por sus miembros más radicalizados.

En la Ford de General Pacheco, el complejo fabril más importante de la zona, el grueso de los trabajadores venía sosteniendo una puja contra los miembros del Cuerpo de Delegados y Comisión Interna, alineados con la conducción nacional del SMATA. Estos últimos, demostrando cuán fluida era la situación en fábrica, dudaban respecto a la actitud a seguir, ya que estaba en juego su propio prestigio y credibilidad, si se oponían a participar de las acciones.

Se puede decir que la misma dinámica de los acontecimientos estaba produciendo un viraje en las actitudes y formas de pensar de aquellos que

todavía seguían simpatizando con las direcciones sindicales burocráticas, pero que, por su situación objetiva, se sentían atraídos por el campo de fuerza de la radicalización obrera²⁵. La posición, que se irá imponiendo en la fábrica, es la de llegar “como sea” hasta el frente mismo a la Casa de Gobierno. Esta postura, compartida por una parte importante de los trabajadores, era impulsada principalmente por el núcleo de activistas del PRT, que habían ganado protagonismo en las últimas semanas, por la intensa actividad desplegada. Este núcleo se dispuso para enfrentarse a la (muy probable) represión policial. Los preparativos para lo que solía denominarse “autodefensa” (hondas, bulones y recortes de chapa, clavos “miguelito” y hasta bombas incendiarias) era una práctica relativamente común en las manifestaciones obreras en la década de 1970. Estaban impulsadas, sobre todo, por las organizaciones de izquierda más radicalizada²⁶. Sin embargo, el activismo no hacía uso de estos medios, salvo en situaciones extremas, prefiriendo, en las acciones de masas, imponer la presencia de los numerosos trabajadores movilizados.

De todas formas, en el episodio que narramos, las dos organizaciones político-militares más importantes (el PRT-ERP y Montoneros) destinaron sendas escuadras que acompañaron a distancia el desplazamiento de la columna obrera, prestas a intervenir de ser necesario. Esta presencia en la marcha, que no implicaba desplegar pancartas identificatorias, se hizo sentir a través de “pintadas” en los puentes y paredones de la ruta y en la distribución de volantes de ambas organizaciones al paso de la marcha, tal cual registraron los medios periodísticos de la época.

Al promediar la mañana, la columna que venía marchando desde General Pacheco, engrosada por los contingentes obreros de Tigre, San Fernando, Beccar y San Isidro, arribó a la Avenida Hipólito Irigoyen y Panamericana. Algunas columnas menores habían sido ya obligadas a dispersarse, antes de llegar al punto de encuentro, por la policía bonaerense, a pesar de lo cual, aproximadamente 70 colectivos y ómnibus lograron llegar frente a la planta fabril de Fanacoa. Allí, un delegado de Matarazzo -improvisado vocero ante los medios- informaba que el propósito era reclamar la plena vigencia de las paritarias y “evitar que los dirigentes de la CGT firmen cualquier cosa”²⁷.

La concentración contaba, a esa altura de la jornada, con 10.000 trabajadores (aproximadamente) de las empresas Ford, astilleros de San Fernando y Tigre, Terrabussi, Matarazzo, Laboratorio Squibb, Alba, Editorial Abril, Fanacoa, Carrocerías “El Detalle”, IBM y las principales metalúrgicas de

la zona. Los manifestantes, luego de prender fuego una efigie que representaba al ministro López Rega, se pusieron nuevamente en movimiento, llegando hasta el borde mismo de la Avenida General Paz. Allí, los esperaba un fuerte operativo de contención de la Policía Federal, que se extendía también en los demás puntos de ingreso a la capital. A la cabeza de la movilización, se encontraba el núcleo de activistas de la Ford (orientados mayoritariamente por el PRT), que pretendía forzar el paso, alentados por el carácter combativo y multitudinario de la marcha. Sin embargo, otros grupos, como el representado por la Comisión Interna del Laboratorio Squibb (con mayoría de la JTP), se oponían a esa pretensión, debido a la composición de la marcha (muchas mujeres e inclusive niños), a la falta de una voluntad unánime de los manifestantes de llegar a esa instancia y a la magnitud del operativo represivo.

Esta discusión pone en evidencia, una vez más, la heterogeneidad que presentaban los participantes de este proceso. En ese momento, los responsables políticos de Montoneros (del ámbito sindical en Zona Norte) discutían con sus propios militantes -que conducían la Comisión Interna de Squibb- acerca de la actitud a seguir. Aparentemente, la dirección de la “Columna Norte” de Montoneros temía perder la iniciativa ante las posturas más radicalizadas, que adoptaban los militantes del PRT. Finalmente, la situación se resolvió en una improvisada asamblea. Se impuso la postura de replegarse hacia Martínez, para decidir, también en asamblea, el curso a seguir.

Este hecho nos viene a demostrar cómo los militantes de partidos de izquierda podían analizar y procesar los datos objetivos que surgían del estado de disposición de los trabajadores, aún de aquellos más combativos. Esa capacidad surgía del contacto diario con el colectivo obrero y permitía que delegados y activistas de planta pudieran imponer sus puntos de vista a sus propias direcciones partidarias, a pesar de la tensión que esto generaba al interior de las organizaciones políticas²⁸.

La nueva asamblea multitudinaria que se realizó sobre la ruta Panamericana, cerca de las 18 horas y antes de la desconcentración, votó mantener el estado organizativo que impuso la flamante Coordinadora Interfabril y así “conservar fuerzas y mantenerse frescos para la lucha de mañana, prosiguiendo con el paro general”²⁹. Parecidas circunstancias se repitieron, contemporáneamente, en otros puntos estratégicos de entrada a la Capital, protagonizados por columnas de las Coordinadoras Oeste (cerca de 10.000 trabajadores) y Sur (aproximadamente 5.000) que chocaron en las inme-

diaciones del Puente Pueyrredón, al intentar ingresar a la ciudad de Buenos Aires. Un enfrentamiento violento se registraba, en tanto, en el centro de La Plata, cuando columnas obreras se concentraron frente a la sede local de la CGT³⁰.

Ante estos hechos, la cúpula sindical en pleno (ahora con la presencia de Casildo Herreras y Lorenzo Miguel, que debieron regresar con urgencia de Europa) se reunió en un Comité Central Confederal, junto con la máxima conducción de las 62 Organizaciones, acordando endurecer sus posiciones frente a la intransigencia del gobierno. La declaración formal de un paro general para el lunes 7 y el martes 8 de julio, marcaba las contradicciones en las que se debatía la cúpula gremial. Al convocar a la medida, el viernes 4 por la noche, la CGT nacional declaraba que la huelga buscaba la homologación de los convenios paritarios y la rectificación de la política económica. Se realizaba, asimismo, una indirecta crítica a los sectores lopezreguistas. Sin embargo, sus vacilaciones quedaron expuestas al no exigir su remoción del gobierno. La renuncia de López Rega era, por el contrario, una de las dos reivindicaciones centrales que el día anterior habían formulado los manifestantes en las calles y rutas.

La defensa del “gobierno de la compañera Isabel”, al cual se pretendía salvar de las críticas, demuestra una vez más el rol que jugaba esa capa dirigencial dentro del movimiento obrero. Como admitirán en privado, para ellos, ir un paso más allá implicaba resquebrajar el mecanismo estatal, en el cual los dirigentes gremiales jugaban el papel de disciplinadores de las masas obreras. La convocatoria y la medida de la dirigencia sindical es tardía y limitada: dos días de cese de actividad, sin concentraciones ni actos públicos. El paro se extendería hasta enlazar con el feriado nacional del 9 de Julio. En total, incluyendo la pausa del fin de semana, cinco días de tregua. Se buscaba, así, aliviar la tensión social en aumento y lograr otros acuerdos institucionales -dentro del Congreso Nacional- que cerraran la crisis política.

El martes 8, cuando se cumplían aproximadamente 36 horas de unos de los paros generales más masivos y contundentes de la historia argentina reciente, el gobierno admitió, tácitamente, su derrota. Convocó a la máxima dirigencia de la CGT nacional y las 62 Organizaciones, informándoles que aceptaba la homologación, sin tope, de las paritarias. Asimismo, prorrogaba hasta fines de julio el período de negociación, con el objetivo de permitir reajustar aquellos convenios que habían quedado desactualizados, ante la escalada imparable de los precios de bienes y servicios.

Primeros resultados de la movilización obrera: la derecha peronista retrocede

En materia política, y para descomprimir la situación, María Martínez de Perón aceptó la sanción de una ley de Acefalía, que impedía que un ministro quedase en línea sucesoria, ante una eventual vacante en el Poder Ejecutivo Nacional. Esta última medida es indicativa del agravamiento de la crisis: se especulaba sobre la probable renuncia de la presidente. El Senado designó como presidente provisional al legislador Ítalo Luder, quien de acuerdo a la nueva ley se convertía en el primer reemplazante institucional, en caso de una transitoria licencia de la presidente. Días más tarde, se dio a conocer la noticia sobre la renuncia del gabinete de ministros en pleno, siendo aceptadas en primer término las dimisiones de Alberto Rocamora (Interior), Adolfo Sabino (Defensa, principal organizador del operativo represivo sobre Villa Constitución en el pasado mes de marzo), Antonio Benitez (Justicia) y el propio José López Rega (Bienestar Social). Por fin, el 18 de julio, presentó su renuncia el muy cuestionado Celestino Rodrigo. Para completar el cuadro de relevos, el 23 de julio fue obligado a renunciar a su cargo de presidente de la Cámara de Diputados, Raúl Lastiri, el alfil político de López Rega.

No resulta sencillo trazar un balance definitivo sobre la jornada del 3 de julio. De ninguna manera pretendemos afirmar que las consecuencias, mencionadas más arriba, fueron resultado de las acciones localizadas que narramos. Tampoco perdemos de vista el impacto que tuvo el proceso en tanto masividad, profundidad y simultaneidad en todo el país³¹. Este carácter múltiple y complejo fue lo que le confirió una importancia mayor no sólo en términos cuantitativos, sino también cualitativos, respecto a procesos similares anteriores.

En ese punto, surge una de las cuestiones centrales que, a nuestro juicio, condiciona el análisis tradicional que se hace del proceso de la Huelga General de Junio-Julio de 1975. La interpretación historiográfica, hasta ahora más aceptada, sostiene que un movimiento de esa magnitud y extensión sólo pudo ser fruto de una planificación y conducción centralizada en el orden nacional. Al descartar la existencia de una dirección alternativa, se deduce que únicamente la dirigencia nacional de la CGT y las de cada uno de los sindicatos podían impulsar y encaminar la acción obrera.

Con una mirada cerradamente estructural, ciertas interpretaciones sostienen la premisa de que las negociaciones con el Estado y el capital recaen,

necesariamente, en las instituciones corporativas reconocidas (los sindicatos y la CGT)³². Por lo tanto, afirman que los resultados del proceso fueron obtenidos, exclusivamente, por la gestión de las cúpulas gremiales. Inclusive, y aun admitiendo que tal intervención fue tardía, acreditan el rédito político a esa dirigencia, ya que habría sabido aprovechar todo el esfuerzo y desgaste de los sectores sindicales combativos. Según estas hipótesis, se ratificaría, por lo tanto, la impotencia de estos últimos. Se desvaloriza o se suprime, así, el papel jugado por cualquier instancia organizativa que haya actuado al margen del sistema institucional formal.

Nuestra impresión es parcialmente divergente. Sostenemos que se estaba produciendo un singular proceso de conducción alternativa de hecho. Ésta se encarnará, formalmente, en la Coordinadora Interfabril de la zona, con actuación y presencia hasta el golpe militar de marzo de 1976. Señalamos solamente -como ejemplo de la tendencia que apuntamos más arriba- que desde el 3 al 10 de julio, en la Zona Norte, se continuaron registrando acontecimientos que muestran el grado de movilización y organización que desarrollaron las fracciones más avanzadas de la clase obrera industrial.

El 4 de julio, se realizó la primera reunión de lo que será la Mesa de Enlace de la Coordinadora Interfabril de la Zona Norte. Ese nucleamiento abarcaba delegaciones de 50 establecimientos industriales. Se acordó, allí, organizarse en cuatro sub-zonas: San Martín, Florida (Vicente López), San Isidro y San Fernando. Esa resolución será presentada, formalmente, cinco días más tarde³³. El lunes 7, mientras se cumplía el paro general, un conjunto de 500 trabajadores del Laboratorio Squibb (Martínez) procedió a tomar la planta, logrando, al día siguiente, que la patronal accediese a todos los puntos reclamados: 100% de aumento, pago de todos los días de huelga y la abstención de tomar represalias con los organizadores³⁴.

Esta modalidad se repitió los días siguientes en otros establecimientos de la zona, como las alimenticias Terrabussi, Matarazzo y Pradyma, la fábrica de pinturas Alba, la metalúrgica Tensa, el astillero Astarsa y, posiblemente, el más importante por su magnitud, en la Ford Motor en General Pacheco.

Conclusiones

Por lo hasta aquí reseñado, podemos concluir que, a partir del año 1975, las principales fracciones obreras de Zona Norte del Gran Buenos Aires se encontraban claramente acaudilladas por jóvenes e incipientes direccio-

nes sindicales, desde sus organismos de base fabril. Estas, integradas por militantes de izquierda, lograron movilizar a multitudinarios contingentes proletarios, a pesar de la acción represiva ejercida por una verdadera “Santa Alianza” (integrada por el capital, el Estado y la burocracia sindical) y, junto con lo que ocurría en otras zonas suburbanas de Buenos Aires y del interior del país, profundizaron la crisis política del peronismo gobernante, llegando a desestabilizarlo. La salida de más de la mitad del gabinete de ministros y la aceptación de la reapertura de las paritarias sin tope fueron, sin duda, los frutos más visibles de lo que podemos caracterizar como una victoria parcial del movimiento de masas.

La debilidad de las fuerzas de izquierda, y su relativa dispersión, impidió que se consolidara y siguiera avanzando, hasta abrir una crisis revolucionaria en la Argentina. No obstante, el hecho de que, luego de la oleada principal de movilizaciones, subsistieran los esfuerzos organizativos (cuya mayor ejemplo fue la conformación de las Coordinadoras Interfabriles metropolitanas en cada zona) dan cuenta de una tendencia que permite dilucidar el carácter del proceso revolucionario. De ser ciertas estas inferencias, se podría entender el creciente temor de la burguesía y el propio desenlace político en marzo de 1976.

Notas:

¹Para reconstruir desde la perspectiva política esta etapa, vide Kandel, Pablo y Mario Monteverde: *Entorno y caída*, Planeta, Buenos Aires, 1976. En materia económica, vide Di Tella, Guido: *Perón-Perón 1973-1976*, Hyspamerica, Buenos Aires, 1986. Finalmente, una muy actualizada investigación dedicada al “Rodrigazo”, en Restivo, Néstor y Raúl Dellatorre: *El Rodrigazo, 30 años después*, Capital Intelectual, Buenos Aires, 2005.

²*Censo Nacional de Población 1970 (1970)*, Censo Nacional Económico 1974. Industria, Buenos Aires, 1974.

³En nuestra zona de estudio, las principales organizaciones actuantes fueron, entre las marxistas, el Partido Socialista de los Trabajadores (PST); Política Obrera (PO); Grupo Obrero Revolucionario-Corriente Clasista (GOR-CC); Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT); Organización Comunista Poder Obrero (OCPO) y en menor medida, Partido Comunista (PC) y Vanguardia Comunista (VC). Dentro del peronismo de izquierda, la Juventud Trabajadora Peronista (JTP-Montoneros) y el “Peronismo de Base”. Junto a todas estas fuerzas, además, activaban de manera independiente un gran número de obreros aislados o incipientemente agrupados que se estaban integrando progresivamente a alguna de las organizaciones nombradas.

⁴Löbbe, Héctor: *Las luchas obrera y el nuevo activismo sindical: la Coordinadora Interfabril de Zona Norte del Gran Buenos Aires (1975-1976)*, Tesis de Licenciatura en Historia (inérita), Universidad Nacional de Luján, 2005, cap. 3.

⁵Esta actitud se venía expresando de manera creciente desde mediados de la década de 1940, pero alcanzó su mayor relevancia con la sanción de la ley 20.615 de Asociaciones Profesionales, en diciembre de 1974. Dicha ley le concedía al Ministerio de Trabajo un poder casi absoluto sobre la vida interna de los gremios y le otorgaba a las direcciones sindicales nacionales (no casualmente ejercidas por los sectores burocráticos) la capacidad para sancionar y castigar a las conducciones de seccionales u organismos de base fabril que desafiaran su control.

⁶Para el caso de los navales vide, Lorenz, Federico: “Los trabajadores navales de Tigre: la militancia sindical en un contexto de enfrentamiento ‘militar’”, en *Lucha Armada en Argentina*, nº 2, Buenos Aires, 2005, pp. 72-87. Para la presentación frustrada de la lista opositora en metalúrgicos, vide las entrevistas con Néstor Correa y Carlos Frígoli, ambos activistas político-sindicales con responsabilidad de conducción en los organismos fabriles de las empresas donde trabajaban.

⁷Diarios *La Nación*, *La Razón*, *La Opinión* y *El Cronista Comercial* del día 17 de junio de 1975. En la prensa partidaria, la cobertura más amplia la ofrece *El Combatiente* (semanario del PRT), nº 173, 2 de julio de 1975, p. 4, separata. Entrevista con “Rubén”, activista político-sindical y delegado del personal en la Ford.

⁸Cotarelo, María Celia y Fabián Fernández: “Huelga general con movilización de masas”, en *PIMSA (Programa de investigación sobre el movimiento de la sociedad argentina)*, PIMSA, Buenos Aires, 1998.

⁹Véase la cobertura de los distintos medios de la prensa comercial del día siguiente, que reflejó con diferentes matices, el acto mencionado.

¹⁰Cotarelo, María Celia y Fabián Fernández, *op. cit.*, p. 48.

¹¹Vide Pozzi, Pablo y Alejandro Scheider: *Los setentistas. Izquierda y clase obrera: 1969-1976*, Eudeba, Buenos Aires, 2000, en particular el testimonio de “Oscar”; entrevistas con “Cristina” (activista político-sindical con responsabilidad de conducción en el organismo fabril de la empresa donde trabajaba), Carlos Frígoli y “Rubén” ya citadas.

¹²Para las instancias previas a la concentración, hay una amplia cobertura de todas las zonas metropolitanas en el *Boletín de la Corriente Clasista* (mensuario sindical del GOR-CC), nº 9, julio de 1975, pp. 7-8. La crónica de la concentración y marcha de los trabajadores de Zona Norte, está parcialmente detallada en el diario *Clarín*, 28 de junio de 1975, p. 10.

¹³Para la reconstrucción de este episodio hemos recurrido a los distintos periódicos publicados en Buenos Aires al día siguiente, sábado 28 de junio de 1975, en especial *La Nación* y *La Prensa*.

¹⁴Esta situación objetiva era también leída como impresión personal y colectiva por casi todos los activistas político-sindicales que hemos podido consultar.

¹⁵Para reconstruir este Plenario recurrimos al Boletín de la Coordinadora de Gre-

mios, Comisiones Internas y Cuerpos de Delegados en Lucha de Capital Federal y Gran Buenos Aires nº 2 (de ahora en más Boletín de la Coordinadora) del 19 de julio de 1975 y la solicitada titulada “El triunfo de la movilización”, publicada en el diario Última Hora del 17 de julio, p. 12. Hasta el momento, no hemos podido localizar o tener referencia acerca del lugar físico donde se realizó este encuentro.

¹⁶*Boletín de la Coordinadora*, nº 2, 19 de Julio de 1975, p. 1. Los destacados son nuestros. Las mayúsculas del original.

¹⁷El programa se puede consultar en el *Boletín de la Coordinadora*, nº 2, 19 de Julio de 1975, pp. 2-3.

¹⁸Abós, Alvaro: *La columna vertebral. Sindicatos y peronismo*, Hyspamerica, Buenos Aires, 1986.

¹⁹*Boletín de la Coordinadora*, *op. cit.*, p. 1. El subrayado es del original.

²⁰*La Prensa*, 1 de julio de 1975, p. 6. Los destacados son nuestros. En Propulsora Siderúrgica codirigían de manera mayoritaria la JTP- Montoneros y el PRT. En el Astillero Astarsa, la conducción de la Comisión Interna recaía en la agrupación “José Alessio” de la JTP-Montoneros.

²¹En magnitudes igualmente significativas se expresó la movilización obrera en el Gran Córdoba y el Litoral

²²Testimonio de “Oscar”, en Pozzi, Pablo y Alejandro Schneider, *op. cit.*, pp. 441-442; *Boletín de la Corriente Clasista*, nº 9, julio de 1975, p. 7.

²⁰*Boletín de la Corriente Clasista*, nº 9, julio de 1975, pp. 7-8.

²³*Boletín de la Corriente Clasista*, nº 9, julio de 1975, pp. 7-8.

²⁴*Última Hora*, p. 4; *Clarín*, p. 18-20; *La Nación*, pp. 1-7; *La Prensa*, p. 3; *La Opinión*, p. 6; *El Cronista Comercial*, p. 1-8, todos del 4 de julio de 1975 y *La Razón*, pp. 1 y 8, del mismo 3 de julio. Entrevistas a “Rufina” (activista político-barrial), “Rubén” y “Cristina”, ya citadas.

²⁵Entrevista personal con Pedro Troiani delegado obrero de la Ford y su testimonio en *Razón y Revolución*, nº 10, Buenos Aires, Primavera de 2002.

²⁶No eran solamente los activistas del PRT-ERP, JTP-Montoneros o de la OCPO quienes recurrían a estas prácticas. Lo mismo hacía el GOR y proponía, en plena huelga general PO, ratificándola como estrategia durante su Primer Congreso Nacional. Vide *Boletín de la Corriente Clasista*, nº 12, diciembre de 1975, p. 3; *Política Obrera*, nº 235, 4 de julio de 1975, p. 7; Iº Congreso Nacional del PO, Documento político de base, publicado en *Revista Política Obrera*, nº 1, enero-febrero de 1976, pp. 33-36.

²⁷*Clarín*, 4 de Julio de 1975, p. 20.

²⁸Entrevistas ya citadas a “Cristina” y “Rubén”.

²⁹*Clarín*, 4 de Julio de 1975, p. 20.

³⁰De Santis, Daniel: “Testimonio y memoria: La lucha obrera en Propulsora Siderúrgica (1974-1975)”, en *Taller. Revista de Sociedad, Cultura y Política*, vol. 2, nº 5, Buenos Aires, noviembre de 1997, pp. 146-149.

³¹Cotarelo, María Celia y Fabián Fernández, *op. cit.*

³²Cotarelo, María Celia y Fabián Fernández, *op. cit.*; Torre, Juan Carlos: *Los sindicatos en el gobierno. 1973-1976*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1983.

³³*Política Obrera*, nº 236, 11 de julio de 1975, p. 3; *Boletín de la Corriente Clasista*, nº 9, julio de 1975, p. 8.

³⁴*Boletín de la Corriente Clasista*, nº 9, julio de 1975, p. 7.